

ARTHUR KOESTLER: LA NOVELA COMO CRÍTICA DEL TOTALITARISMO

Por: Héctor Ceballos Garibay

El derrumbe del Muro de Berlín (1989) y de la URSS (1991), una debacle política que no fue anticipada por ningún analista especializado, continúa hoy en el tapete de la discusión política contemporánea. A fin de tener un mejor conocimiento de cómo funcionaba el régimen soviético ya desaparecido, pero el cual sigue inspirando a los gobiernos de países como Vietnam, China, Corea del Norte y Cuba, nada mejor que releer y sacar provecho de la magistral novela de Arthur Koestler, *El cero y el infinito*, una obra literaria que aporta las claves para entender cómo se ejercía la *tecnología del poder* en el "socialismo real".

En su autobiografía, el escritor húngaro nos recuerda que sólo personalidades como Bertrand Russell y H.G. Wells criticaron desde un principio al comunismo ruso. La mayoría de los escritores, por el contrario, fueron víctimas del encanto que en aquel tiempo generaba la utopía comunista. La situación de crisis económica y decadencia moral padecida en la sociedad capitalista, más el peligroso e irrefrenable ascenso del nazifascismo en Europa, todo ello a fines de los años veinte y principios de los treinta, explican el porqué la mayoría de los intelectuales más prestigiados de Occidente consideraron al ideal comunista como la única alternativa que podía salvar al mundo. En efecto, el mito del comunismo ruso como panacea universal afectó política y literariamente a varias generaciones de escritores, entre los cuales cabe citar a: Henri Barbusse, Romain Rolland, André Gide, André Malraux, en Francia; a Erwin Piscator, Ana Seghers, Bertolt Brecht,

en Alemania; a W. H. Auden, Christopher Isherwood, Stephen Spender, George Orwell, en Inglaterra; a Sinclair Lewis, John Dos Passos, John Steinbeck, Erskine Caldwell, Richard Wright, en E.U.A.; y a Ignacio Silone, en Italia.

Fue el propio estalinismo, cuyos crímenes y régimen dictatorial poco a poco se fueron develando, quien se encargó de destruir la creencia de que el socialismo soviético significaba el advenimiento del paraíso terrenal. El desencanto resultó terrible. Algunos escritores renegaron de su ideología socialista y se volvieron conservadores y anticomunistas, otros permanecieron fieles al ideario marxista y trataron de justificar la existencia del estalinismo a través de una concepción dogmática y cínica de la historia; hubo varios que, concentrándose en sí mismos, se escabulleron de la realidad practicando un apoliticismo reaccionario; y sólo individuos como Orwell y Koestler deslindaron claramente que una cosa era la crítica sin concesiones al estalinismo y otra muy distinta renunciar a los anhelos de construir una sociedad más justa y libertaria.

Al mencionar estas dramáticas conversiones ideológicas es imprescindible recordar que Koestler, a diferencia de la mayoría de los escritores occidentales, sufrió en carne propia los atropellos del gobierno estalinista: fue miembro del partido comunista alemán y, como tal, observó las hambrunas y la burocratización del régimen durante su viaje por la U.R.S.S. en los años 1931 y 1932; conoció directamente la sumisión total de los partidos políticos integrantes de la Internacional Comunista a los intereses particulares del Estado soviético; fue testigo de la utilización del materialismo dialéctico como un discurso dogmático y enajenante; y padeció la experiencia de asistir a la purga y al asesinato de sus mejores amigos a manos de la policía estalinista. Este cúmulo de acontecimientos lo condujo a la ruptura final con los comunistas en 1938, una separación política

que refrendó cuando Stalin se alió con Hitler en 1939, poco antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial.

La experiencia traumática de Koestler en tanto que militante comunista dio como resultado una gran novela: *El cero y el infinito*, y un deslumbrante texto de ensayos: *El yogi y el comisario*. En el primer libro, escrito entre 1939 y 1940, luego de haber sufrido experiencias carcelarias en la España franquista y en la Francia colaboracionista, el autor describe con minuciosidad y gran lucidez el comportamiento peculiar de los dirigentes bolcheviques durante las purgas estalinistas de los años treinta. En el segundo, que data de 1944, el escritor realiza una de las mejores críticas que jamás se hayan hecho, dada su radicalidad y consistencia teóricas, de la degeneración del comunismo ruso.

Durante los años cuarenta Koestler aún consideraba que el socialismo, concebido como un proyecto teórico-político igualitario, constituía una forma social progresista y loable, sobre todo si se le comparaba con la sociedad capitalista, injusta y depredadora. A diferencia de Trotski, sostenía que la U.R.S.S. no era un Estado obrero, y que por consiguiente los reprobables hechos que acontecían en ese país no podrían superarse dentro de la misma estructura política que endiosaba al Partido Bolchevique y que convertía al marxismo-leninismo en una ideología sacrosanta. Desde esta perspectiva, el estalinismo conformaba las antípodas del verdadero comunismo. La tesis fundamental de *El yogi y el comisario* plantea que la U.R.S.S. no era un país comunista, a pesar de su economía socializada, debido a varias cuestiones capitales: el sometimiento de la vida privada de los individuos al control totalitario del Partido-Estado; la violencia extrema contra la sociedad civil, evidenciada en las colectivizaciones forzadas, las purgas políticas y los campos de concentración; la subordinación de los partidos

comunistas a los intereses hegemónicos del PCUS; la política expansionista y chovinista del Estado soviético; la imposición de la dialéctica como ciencia universal absoluta; el culto a la personalidad de Stalin; la sacralización del Partido como institución poseedora de la verdad histórica; y la existencia de una maquinaria burocrática que reprimía a la disidencia y cancelaba las libertades democráticas y de creación artística.

El cero y el infinito es la segunda novela de una trilogía que gira sobre el tema central de la conducta revolucionaria y su relación con la ética política. El asunto que le preocupa al escritor es saber si ciertos fines nobles justifican el recurso de utilizar procedimientos que contradicen la esencia de los objetivos propuestos. A la búsqueda de respuestas, Koestler nos regala su peculiar visión del conflicto clásico entre moralidad y eficacia, humanismo y maquiavelismo.

Para abordar esta problemática, Koestler crea una novela que "trataría sobre personajes encarcelados en un país totalitario. Habría cuatro o cinco personajes que, condenados a muerte, harían una reevaluación de sus vidas, Cada uno de ellos descubriría su culpabilidad, aunque no por los crímenes por los que era sentenciado a muerte. El común denominador de su culpabilidad sería el haber sacrificado la moralidad ante los logros en interés de la causa. Ahora también ellos debían morir a manos de los hombres que sostenían los mismos principios, porque su muerte servía a la causa". La novela retrata con precisión la mentalidad cerrada y adocenada de los líderes bolcheviques, quienes profesaban la convicción férrea de que el socialismo estaba eternamente representado y salvaguardado por el Partido, una suerte de sujeto histórico omnipotente e incontestable.

El escritor húngaro no incurre en maniqueísmo alguno; al contrario, hace que en su obra coexistan la nobleza y la maldad. Si las criaturas de su novela son

cruelles y despiadadas a la hora de obedecer los mandatos del Partido cuando éste ordena avasallar la vida y las libertades de los individuos, también es verdad que éstos actúan como seres humanos valientes y honestos al momento de ejercer "su fe ciega en la capacidad del hombre para vivir y morir por las ideas". El personaje principal, Rubashov, está inspirado en las personalidades y en la ideología de los miembros de la vieja guardia bolchevique, la cual fue mayoritariamente liquidada por Stalin durante los Procesos de Moscú. La manera de pensar de Rubashov refleja en particular el carácter de Bujarin, y su descripción física corresponde a una mezcla de Trotsky y Radek.

El tema de *El cero y el infinito* gira en torno de la pregunta: ¿por qué confesaron? "¿Por qué los viejos bolcheviques, héroes y líderes de la revolución, que con tanta frecuencia habían desafiado a la muerte, confesaron mentiras tan absurdas e inverosímiles en los llamados Procesos de Moscú de 1935 a 1938?" La respuesta es múltiple: hubieron algunos que quisieron salvar sus vidas, otros que pretendieron asegurar a sus parientes o amigos cercanos, pero hubo muchos, como Zinóviev, Kámanev, Piátokov y Bujarin, que aunque también fueron hostilizados y chantajeados, accedieron a autocriticarse pensando que con ello hacían un último servicio a la causa revolucionaria. Es indudable que estos viejos y probados militantes habían sido derrotados políticamente por Stalin, que padecían una fuerte degeneración moral y psicológica producto del aislamiento carcelario y las amenazas a las que fueron sometidos en sus últimos días; pero tampoco se puede olvidar que ellos fueron víctimas de sí mismos, de su propia creencia dogmática en la misión histórica y redentora del Partido.

Los líderes bolcheviques, hacedores de la revolución, constructores del Estado leninista, fueron coautores con Stalin de todos los pasos que condujeron a la

dictadura totalitaria: la cancelación del Congreso Constituyente, el aplastamiento de los derechos democráticos del pueblo ruso, la expulsión de la Oposición Obrera y de otros disidentes militantes del PCUS, y la represión contra los mencheviques, los marineros de Kronstad, los social-revolucionarios y los anarquistas. Todos, sin excepción, creían sinceramente que a pesar de haber sido derrotados por Stalin en las luchas internas del poder, el Partido comunista constituía el único medio capaz de salvaguardar el proceso revolucionario frente a la amenaza imperialista y el ascenso del nazifascismo.

Para historiadores como Annie Kriegel y Lasek Kolakowski, las fantásticas confesiones de los bolcheviques procesados obedecieron a un fuerte sentimiento de culpa, acompañado de una cierta pulsión masoquista, que a la postre los llevó a someterse servilmente al Partido. Debido a que habían sido cómplices y responsables directos de la violencia totalitaria en contra de sus enemigos políticos dentro y fuera del Partido, los bolcheviques caídos en desgracia no podían apelar a ningún tipo de legalidad jurídica o moral que los redimiera de su pasado. Conocían de sobra las reglas del juego, y tenían que aceptarlas ahora que eran ellos las víctimas. Compartían con el conjunto de sus camaradas –victoriosos y perdedores- la misma lógica perversa de sometimiento al poder, y por ende no tuvieron argumentos éticos ni legales para defenderse de la farsa representada por los tribunales estalinistas. Al respecto, Annie Kriegel se pregunta: "¿qué estimación de sí mismo podía tener Zinóviev, obligado a desdecirse de sus opiniones en el XV Congreso del Partido (1927), expulsado de nuevo del Partido y desterrado en 1932, readmitido en 1933, expulsado por tercera vez, antes de su última sumisión en 1935, todo ello en condiciones cada vez más degradantes?" La confesión –grotesca autoinculpación- de Zinóviev, sumido en una reacción cobarde a la hora de ir al

patíbulo, tiene relación con aquel planteamiento que solía recomendar a sus compañeros cuando aún no había caído en desgracia: "lo más lógico y lo más digno de un bolchevique es lo que la Oposición debiera hacer tras cometer un error: presentarse al Partido y decir cometí un error y el Partido tenía razón".

Con la idea de hacer un frente común en torno al PCUS para defender a la revolución de sus enemigos, Bujarin también aceptó autocriticarse en público de sus posiciones teóricas y políticas en cuatro distintas ocasiones: 1929, 1930, 1933 y 1937. La última de ellas, la previa a su muerte, la justificó como un último servicio personal a favor del comunismo, pues la U.R.S.S. en ese momento crucial se encontraba amenazada por las ambiciones imperialistas de Hitler. Durante el largo proceso judicial, Bujarin sólo tuvo una discrepancia con los fiscales: negó que hubiera atentado contra la vida de Lenin y que hubiera cometido sabotajes antirrevolucionarios. Advertido de que procederían en contra de su joven esposa e hijo si no admitía los cargos, terminó reconociendo su "culpabilidad" general, sin aceptar empero los cargos más oprobiosos. En loable contraposición, deben mencionarse algunos pocos ejemplos que, a pesar del castigo y la tortura sufridos, consiguieron salvar el honor. Fueron los casos de Smirnov, quien repudió hasta el final todo lo que se le imputaba, o el de Goldzman, que supo burlarse de las delirantes acusaciones en su contra, mostrándole con ello al mundo la falsedad y perversidad de los procesos estalinistas.

De regreso al plano de la ficción narrativa, queda claro que las ambigüedades ideológicas y la valerosa resistencia del personaje principal están excelentemente recreadas a lo largo del desarrollo novelístico; no debe olvidarse, empero, que es justamente la degradación moral y la claudicación de Rubashov en la parte final del libro, ese abnegado sacrificio de su vida y de su dignidad personal en aras de

una causa superior, el tópico que más enfatiza Koestler como eje de su texto y como lección ético-política para sus lectores.

La tesis de Koestler en *El cero y el infinito* fue atacada por toda la izquierda de aquellos tiempos convulsos y envilecidos. De inmediato y como era previsible, lo acusaron de ser un agente del imperialismo, un traidor y un renegado. Nadie, sin embargo, pudo refutar la enorme calidad literaria de la novela. A muchos años de distancia de su publicación, y justo ahora cuando ya nadie asocia el modelo soviético con la utopía libertaria, resulta muy provechoso releer la que sin duda es una de las mejores obras de crítica radical a la sociedad totalitaria.